

Algunas tradiciones palmistas sobre el periodo 1821-1824

Eduardo Arroyo Laguna
Colegio de Sociólogos del Perú
Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)
eduardoarroyo29@gmail.com
Lima-Perú.

Resumen

En este artículo se presentan algunas ideas en torno a la evolución de estas dos centurias de nuestra vida independiente y como no habiendo habido cambios en sustancia, la figura insurgente y libertaria de Palma se acrecienta y se hace bicentenaria. Ponemos el peso en algunas tradiciones que grafican las incidencias de episodios previos a nuestra independencia entre 1821 a 1824.

Palabras claves: Independencia, Centenario, Bicentenario, República, Perú oficial y Perú profundo.

Abstract

In this article, we discuss some ideas about the evolution of these two centuries of our independence and how, since there have been no changes in substance, the insurgent and libertarian figure of Palma grows and becomes bicentennial. We put the weight on some traditions that reflect the incidences of episodes previous to our independence between 1821 and 1824.

Keywords: Independence, Centennial, Bicentennial, Republic, Official Peru, and Deep Peru.

Eduardo Arroyo Laguna (Perú)

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1978). Magister en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú (2005). Doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la Universidad Ricardo Palma (2012). Catedrático en la Universidad Ricardo Palma desde hace 47 años. Actual Director de Imagen Institucional de la URP. Actual Decano Nacional del Colegio de Sociólogos del Perú (2021-2023). Miembro de la Junta Directiva de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Miembro del Tribunal de Honor del Consejo de Decanos de los Colegios Profesionales del Perú. Ha publicado libros sobre ensayos sociológicos, poesía y narrativa.

Al cumplirse doscientos años de la independencia del Perú, don Ricardo Palma, quien muere en los años previos al centenario de nuestra gesta libertadora (1919), mantiene incólume su figura literaria en el escenario nacional e internacional.

Ante una república que en gran medida ha mantenido el andamiaje material y espiritual del coloniaje, las viejas desigualdades marcan este bicentenario. La promesa de la vida republicana implicaba, en cambio, un gobierno de todos y para todos, en una sociedad libre, fraterna e igualitaria en donde todos viviéramos con los mismos derechos y deberes, iguales oportunidades, predominando el bien público sobre el privado, la explotación racional de los recursos naturales y su distribución equitativa entre los peruanos, la hegemonía de la moral, la virtud y la ética.

Esa promesa de la vida republicana la ha estudiado don Ricardo Palma en su niñez y adolescencia como en la universidad, ya que el tradicionista nace en 1833, doce años después de la independencia y debe, por entonces, estar fresco el aroma independentista así como absorbe el clima espiritual y social de esos tiempos en un mundo en el que se mantenían las brechas coloniales, el mundo de castas y las privilegios virreinales, solo que sin virreyes.

Palma debe haber percibido la corrupción que arrastraba tras de sí el patrimonialismo de corte feudal, que creía que los bienes públicos eran para los gobernantes, asunto que es la fuente de tanta transgresión legal unida al nepotismo y a la concepción de que el Estado es un botín. En tradiciones republicanas como «El baile de la Victoria» (Palma, 1964, p. 1124) se ve la riqueza y el boato que hereda la república a costa del erario nacional, disfrutándolo la clase gobernante, el general Echenique en este caso. Este evento realizado en 1853, congregó a todos los personajes de la época y recupera lo virreinal en una Lima de títulos ya no heredados sino comprados.

Palma es un insurgente contra los privilegios, las desigualdades y toda corrupción; por ello es que desde su adolescencia escribe poesía y periodismo bajo pseudónimo y participa en diversas asonadas contra gobiernos débiles e inmorales.

La vieja oposición entre el Perú oficial versus el Perú profundo, un Perú de privilegiados contra un Perú de los desheredados de siempre, está presente en nuestra historia. Todo un esfuerzo bicentenario puede irse al garete por la pervivencia de estas brechas. Nos preguntamos ¿cómo hubiera reaccionado don Ricardo Palma frente a esta situación? Es probable que hubiera hecho pulla del conservadurismo así como de las provocaciones y desaciertos de los sectores gobernantes. No creo que hubiera soportado los extremismos políticos.

Nos deja una suerte de referencia histórica del Perú teñida de su humor, que era socarrón y burlón. Pero es una imagen que él intenta plantear sobre el Perú, que indica que ha tenido conocimiento de la historia de su patria, ha leído mucho sobre ella y conoce cada recodo de nuestra historia, geografía y población.

Las *Tradiciones peruanas* no son un compendio de historia, pero contienen mucho de ella. La historia es una ciencia social con su metodología, su marco teórico, sus corrientes teóricas, sus normas, su objeto de investigación, sus problemas e hipótesis, sus indicadores e índices. Cada texto de historia brota de un profundo trabajo de investigación en archivos, trabajo de gabinete así como de campo. A diferencia de ella, la tradición nos transmite noticias, rituales, costumbres de generación en generación. Va a nuestras raíces, es raigal, recogiendo mucho de la historia al paso. En literatura, sería una elaboración en verso o prosa de hechos que se alimentan y circulan de boca en boca.

Al basarse en lo oral, recoge en mucho el lenguaje de la calle y el sentir cotidiano. Por tanto, la tradición siempre está muy

cargada de vida concreta, callejera, de los dimes y diretes de la gente y Palma es notable en esto de conocer el alma popular, lo que también encandilaba a otro grande de nuestro mundo literario como es José María Arguedas, quien recorre el mundo de los mercados callejeros aprendiendo del saber y el alma popular, eso que la ciencia ha apartado porque manifiesta que se queda en el nivel de lo espontáneo y no llega a marcos teóricos mayores.

Palma es un puente entre el saber popular y la literatura, a la que le añade la gracia de su pluma. Habrá mucho de populista, de sabor popular en sus textos, lo que le granjeará el favor popular, distante de un González Prada, quien escribe desde su distanciamiento social. González Prada no entendió que el tratamiento que hace Palma de la aristocracia como del clero es parte de lo que Mijail Bajtin denomina la burla de los pueblos haciendo leña de la aristocracia (Bajtin, 1987). Hay un tono malicioso en cada tradición que corroe el andamiaje aristocrático de la Colonia como de la República y es la misma denuncia que hace González Prada, quien elige, porque así fue su decisión y temperamento, un carácter olímpico para lanzar sus censuras, críticas y mensajes al Perú. Ambos son liberales solo que uno es apolíneo y Palma es más dionisiaco, más báquico en su tratamiento del alma nacional. González Prada aparece como más radical, mientras el radicalismo de Palma es subterráneo, erosionador desde las raíces.

Ambos son momentos de la conciencia histórica del Perú. Mientras que Palma encierra más documentación y calle, González Prada es mucho más biliar frente a la mordacidad, a los alfilerazos del burlón Palma (Mariátegui, 1973, p. 245). Palma destruye a la aristocracia colonial y republicana demoliéndola desde dentro, mientras el lenguaje de González Prada cae como lava desde el cielo.

Por ser poeta, político, periodista, narrador, inventor de las tradiciones y hombre de teatro, es que consideramos a Palma el primer literato del Perú. Sobre él se ha dicho:

A la vez que en la redacción de *El Mercurio Peruano* se ocupaba en 1863 de literatura y poesía que siempre le obsedieron, oficiaba de poeta y de crítico literario, ya consagrado en Chile. En 1863 se incorpora al periódico LA REPÚBLICA, de recia tendencia liberal, dirigido por José María Quimper y en el que Palma y Juana Manuela Gorriti dirigen la Sección Literaria. El nombre del periódico es significativo en sus tendencias: americanista y antimonárquico... Palma pertenece a EL MERCURIO pero puede colaborar al mismo tiempo, porque hay un clima de tolerancia y entendimiento en el exaltado órgano liberal... Aparentemente, Palma no colabora en la parte política de LA REPÚBLICA, aunque le bailasen los pies para ello... La posición combativa, característica de Palma, se perfila nuevamente en sus ataques al general Guardia, prócer de similor, a quien acusa de no haber estado en Ayacucho y en su renovada posición anticastillista (Porrás, 2008, p. 224).

Tras doscientos años de vida republicana, Palma sigue siendo el adalid romántico, liberal, burlón, que denuncia con sorna las inmoralidades de la vida cotidiana, la hipocresía de la vida republicana, de sus instituciones como del pasado virreinal. Tal vez por eso creo que Palma se mantiene vigente como un autor del Bicentenario y como el escritor representativo por excelencia del Perú, ya que

... Palma elaboró una obra vasta y monumental, que ha venido a ser uno de nuestros más lícitos motivos de orgullo. Y en realidad hay razones de justicia para sentirse ufanos: las *Tradiciones* célebres, esos deliciosos relatos brevísimos en los que como por obra de magia cobran atracción poderosa

los períodos históricos menos sugestivos, los personajes más rutinarios, las actitudes y los hechos menos trascendentes y aun las disciplinas más arbitrarias y confusas, han dado la vuelta al mundo para solaz y regocijo de los lectores más disímiles, y a la vez han sido un ágil y permanente llamado de atención sobre la cultura, la historia y la fisonomía humana del Perú (Vargas Llosa, 2003, p.10).

La organización de las *Tradiciones Peruanas*

Palma inicia su obra con unas tradiciones del «Perú incaico». Este periodo cronológico es sobre el que menos escribe el tradicionista, si bien consigna algunas historietas llenas de sentimiento y ternura en las que trata a los incas Mayta-Capac, Pachacútec, Tupac-Yupanqui, Capac Yupanqui, guerreros invencibles que iban conquistando territorios y gente. Aparecen imponentes y a la vez magnánimos que ceden ante el pedido de los pueblos o ante la belleza de una mujer. Destaca también el patriotismo de los pueblos ante el avance arrollador de las tropas incaicas. Pero, en líneas generales, en el tratamiento del mundo prehispánico, las *Tradiciones peruanas* nos ofrecen la primacía del poder de la razón y no la imposición de la fuerza bruta.

Como romántico, Palma rinde culto a la belleza de la mujer frente a la prepotencia del invasor ibérico. Sorprende la torpeza del mundo cristiano encarnado en los invasores, los que lejos de toda caridad y amor al prójimo, se convierten en los artífices de la intolerancia, el genocidio y la destrucción de los pueblos y sus civilizaciones.

Al lado de incas sensatos y de bellas mujeres angelicales, las páginas de las *Tradiciones peruanas* son un desfile de seres rudos venidos de allende los mares.

Me recuerda tanto la obra en verso del gran poeta español Justo Jorge Padrón sobre la invasión española a las Islas Canarias, genocidio real, con la soldadesca violadora que se topa con la resistencia de las mujeres (Arroyo, 2007, p. 32).

Mundo virreinal

Tras las anteriores, siguen las tradiciones del «Perú de los virreyes» en un largo acápite que abarca desde 1533 a 1820. Se inicia la tradición del Perú de los virreyes con una titulada «Bajo los Austrias» (1533-1700) y «Bajo los Borbones», de 1700 a 1824.

En todas ellas, el tradicionista se burla de reyes y virreyes demoliendo el andamiaje de las estructuras virreinales y sus personajes. No fue, por tanto, un conservador sino un liberal, moderno, romántico que traslada este espíritu crítico al tratamiento de la República, manifestando de qué manera el estilo de vida feudal colonial y su espíritu pervivieron y como en variados casos, mucha gente siguió extrañando a los virreyes.

Posteriormente figuran las «Tradiciones del Perú independiente» (1821-1830) y «Tradiciones del Perú Republicano» (1833-18..).

Perú independiente (los primeros años de la Independencia)

En las 47 tradiciones del Perú independiente, Palma desarrolla diversos episodios de esta época que él la sintetiza cronológicamente entre 1821 a 1830. Conviene recordar que Palma nace en 1833, así que esta datación cronológica es importante porque va a influir con mucha cercanía en su vida y obra.

En esta oportunidad, solo nos interesará incidir en las tradiciones que hacen alusión a hechos ocurridos entre 1820 a 1824. Sin embargo, por necesidad argumentativa, tomaré algunas tradiciones de años anteriores al referido.

Palma se engolosina con personajes populares como el Padre Chuecas en «Una aventura amorosa del Padre Chuecas», que data de 1815 (1964, p. 896) y donde presenta a un fraile a quien poco se le encontraba en su convento siendo habitué de los garitos y lupanares de Lima. «La moral era para Chuecas otra tela de Penélope, pues si avanzaba algo en el buen camino, durante los meses de encierro, los desandaba al poner la planta en los barrios alegres de la ciudad» (p. 897). En Palma hay una permanente desacralización de la religión, institución matriz en que se basa el corpus jurídico del virreinato y la naciente república.

Y en esta labor de secularización y desacralización de un imperio supuestamente basado en el cristianismo como mensaje e ideología, nos hará ver que fue anticristiana la conducta de los invasores procedentes de la península ibérica, lejos de todo amor al prójimo y fraternidad centrales del mensaje de Jesucristo. Por ello es que en su tradición «El rey del monte» que data de 1815 dice en el artículo I

Que, entre otras cosas, trata de cómo la Reina de los Terranovas, perdió honra, cetro y vida [y continúa sosteniendo]. Con el cristianismo, que es fraternidad, nos vino desde la civilizada Europa, y como una negación de la doctrina religiosa, la trata de esclavos (Palma, 1964, p. 903).

La crítica que hace el tradicionista del uso vulgar de la religión es colosal por la sátira e hipocresía de multitud de clérigos y monjas durante el coloniaje y la república.

Pero en «Dónde y cómo el diablo perdió el poncho» fichada entre 1816-1824 con el epígrafe de «(Cuento disparatado)», parodia al mismo Jesucristo y a sus apóstoles que llegan nada menos que a Ica, tierra de promisión donde son recibidos con todos los honores, vinos y manjares, tierra que deben dejar subrepticamente cuando son notificados desde Jerusalén de un fuerte lío entre la Samaritana y la María Magdalena. Lleno de envidia, el Diablo enrumba con sus huestes a Ica disfrazándose de apóstoles. Pero en el equipaje y en el atavío estuvo el error al colocarse botas granaderas y un poncho encima, poncho que pierden cuando se descubre que son demonios y no seguidores de Jesús. Así pues, Palma se ríe con estos entripados entre seguidores del cielo y del infierno.

Por ejemplo, en la tradición fechada en 1815 «De cómo la muerte de una reina influyó en la vida de un rey» (1964, p. 905), suponiendo que ya germinaba la idea de liberación de la monarquía, dice el texto que «Gozaba Lima de aparente tranquilidad pues ya se empezaba a sentir en la atmósfera olor a chamusquina revolucionaria». Esta chamusquina hace alusión a olores antimonárquicos, revolucionarios, a la insurgencia de un nuevo modo de concebir la vida social en el Perú, lejos de los parámetros monárquicos.

En la tradición a la que Palma le coloca el año de 1816, acercándose a los años de la independencia, «¡Buena laya de fraile!» (Crónica de la época del virrey Marqués de Viluma), demuestra Palma ese espíritu burlón que tiene el pueblo para erosionar a las instituciones reales, las que de hecho, nunca funcionaron bien. Además, Palma hace gala de conocimiento de frailes y monjas, subsumidos por el mundillo limeño, mundo de chismes y cosas poco profundas. En realidad, en estas páginas hay un manejo de las contradicciones en el seno de la casta gubernamental, contradicciones interrealistas.

Pero si en la mayoría de las tradiciones, Palma desarrolla hechos y anécdotas del erario popular, sabrosos y dicharacheros, es en el acápite II de «¡Buena laya de fraile!» que cede ante la historia y encontramos en ella (por lo menos en la página 917) una sucesión de hechos reales, muchos de ellos que anteceden a la gesta libertadora.

Así, dice en el subcapítulo II que Don Joaquín de la Pezuela y Sánchez, teniente general de los reales ejércitos, caballero de gran cruz de la orden de Isabel La Católica y primer marqués de Viluma, estaba al mando de las tropas que en el Alto Perú combatían a los insurgentes, cuando, ante la renuncia del virrey Abascal, fue Pezuela nombrado como virrey, siendo Abascal quien lo recomendaba así.

Pezuela fue siempre el favorito del virrey Abascal y, en la vida real, débil de carácter y sin una correlación favorable entre los generales realistas, debe ceder paso ante La Serna que acabará siendo virrey, el último de la gesta colonial. En la tradición vemos desfilar en el orden cronológico real el suplicio en la Plaza de Lima de los patriotas Alcázar, Gómez y Espejo; igualmente las excursiones de Lord Cochrane en la costa norte del país golpeando a las tropas realistas; el apresamiento de la fragata Esmeralda; el desembarco de San Martín en Pisco; la defección del batallón Numancia, el descalabro de las tropas patriotas en Cancharrayada así como los ecos que llegan a Lima del triunfo patriota en Maipú (Chile) en donde queda aniquilada la fuerza realista en el vecino país del sur. Igualmente, la presencia de La Serna, el amotinamiento de Asnapuquio que es un golpe de Estado contra Pezuela, quien cede el mando a La Serna y se embarca de regreso a España.

Palma nos dice que para él la lista de virreyes termina en Pezuela y que La Serna es un usurpador, un golpista. De hecho, La Serna solo estará cinco meses en palacio y luego escapará rumbo a la

sierra central asesorado por sus generales, dejando Lima vacía de poder, y entrará San Martín sin disparar ni una sola bala.

Hay indudablemente multitud de tradiciones, pero para graficar lo que quiero baste estas enunciadas. Y a otra cosa, mariposa, como diría don Ricardo Palma.

Ya en las «Tradiciones del Perú independiente» (1821-1830), recupera en primer lugar la tradición del Himno Nacional (1821), la historia de José Bernardo Alcedo, autor de la música del Himno Nacional del Perú; Rosa Merino, la cantatriz de la época que cantará en su hermosa voz la letra de don José de la Torre Ugarte. También aparecerá el libertador San Martín excomulgado por los frailes realistas, partidarios del rey.

Impresionante es la reivindicación del primer mariscal del Perú, don Toribio de Luzuriaga, nacido en Huaraz el 16 de abril de 1782 (Palma, 1964, p. 949). La tradición se denomina «El primer gran mariscal» (1821). Aquí la tradición logra lo que no ha hecho la historia y reivindica al militar que nacido en el Perú hace su carrera militar en Chile y Argentina, ascendiendo al estallar la revolución argentina del 25 de mayo de 1810 a comandante de Artillería. De él dice el historiador chileno Vicuña Mackenna que era sumamente simpático y agradable por sus finos modales, su varonil belleza, su palabra halagüeña y su despejada inteligencia.

En el Alto Perú, el héroe Luzuriaga estuvo a las órdenes de otro grande como fue Manuel Belgrano Balcárcel y Castelli enfrentando a los poderes españoles siendo ascendido a general; en 1816 lo encontramos como gobernador de la provincia de Cuyo (Mendoza).

Es de allí desde donde auxilió a la expedición de San Martín sobre Chile, haciendo los cálculos para que cruzara los Andes

siendo autorizado por el gobierno argentino a fin de reemplazar al libertador en el comando del ejército si este no tuviese éxito en su aventura.

En febrero de 1821, Chile, que había condecorado a Luzuriaga con la Legión de Mérito, le confirió la clase de mariscal de campo (p. 950). Gran amigo de San Martín, llegó y volvió a su patria el Perú, siendo condecorado con el distintivo de la Orden del Sol y el 22 de diciembre de 1821 obtuvo el ascenso a gran mariscal del Perú.

De regreso en Argentina, país en el que empezó a enseñorearse la anarquía (guerra civil de 1829 y 1830), nuestro compatriota cayó en la extrema pobreza teniendo que vender todas sus condecoraciones. El 4 de mayo de 1842 se suicida dentro de un cuadro de reblandecimiento cerebral y melancolía. Pero don Toribio de Luzuriaga es uno de los grandes prohombres de América Latina que debe ser homenajeados

Es un peruano que llega a obtener lo que en términos militares era la máxima aspiración: ser gran mariscal. Y, siguiendo la tradición, «A un gran mariscal no le era lícito morir sin haber sido Gobierno» (página 951), usanza que alcanzarán los mariscales don Miguel de San Román, don Ramón Castilla y don Antonio Gutiérrez de la Fuente.

No podemos olvidar las tradiciones literarias de la vida de Rosita Campusano y de María Abascal, las que con Manuelita Sáenz son las compañeras de San Martín, Monteagudo y Bolívar respectivamente.

Hay una bella tradición titulada «La Protectora» (Palma, 1964, p. 952) y luego una comparación muy bien lograda por el tradicionista de Rosita Campusano y Manuelita Sáenz en la tradición «La Protectora y La libertadora» (1821-1824) (p.

962), sintetizando Palma que la Campusano fue la mujer-mujer y la Sáenz, la mujer-hombre (p. 963)

En cuanto a mujeres de otra laya, es ejemplar esa tradición titulada «Una moza de rompe y raja» (1822) referida a una denominada «La Lunareja», a la que también denominará «moza tigre» (p. 968). Dirá que «Mujer lunareja, / mala hasta vieja», que a su vez denostaba del protector San Martín y era goda además. Cantaba:

¡Muera la patria!
¡Muera el marqués!
¡Que viva España!
¡Que viva el rey!

Esta mujer procaz, coprolálica, acaba presa en la cárcel de la Pescadería por el alcalde del barrio.

Me quedo con la tradición de 1821 «Con días y ollas venceremos» (1964, p. 958), en la que se recompone la Lima virreinal y de paso la Lima republicana que hereda el cuadro social de castas, costumbres y pregoneros. Estos últimos unían la Lima pobre (a ras del río) con la Lima aristocrática (por encima del nivel del río) siendo los ambulantes los intermediarios de ambos lados de la ciudad, los que con sus pregones y mercadería daban la hora en esta Lima sin relojes.

Y en relación con la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824, nos dice el tradicionista en sus tradiciones más sólidas y más apegadas a la historia, que dicha batalla fue más de caballería que de infantería, tanto para el bando realista como para el patriota. Fue media hora de esgrimir lanza y sable. Así nos lo relata en la tradición «El Clarín de Canterac» (1824) (1964, p. 1006).

Y finalizando el año de 1824, año de la batalla de Ayacucho, que sella nuestra independencencia, es hermosa la tradición «Pan, queso y raspadura» (1964, p. 993) que trata de los preparativos de la batalla de Ayacucho y del gran mariscal Antonio de Sucre, a quien la historia debe recordar y redoblar sus afectos. De este militar dependía el ejército patriota que con solo cinco mil ochocientos soldados, liderados por una junta de guerra comandada por Sucre con los generales La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarra, que era el jefe del Estado Mayor, enfrentaron a nueve mil trescientos realistas sellándose este enfrentamiento desigual con el triunfo americanista contra las tropas monárquicas. Destaca el hecho de que los militares fueran en su mayoría extranjeros, desde Sucre (venezolano), Córdova (colombiano), José de La Mar (ecuatoriano), Gamarra (cuzqueño), el coronel O'Connor (anglo-irlandés), Miller, etc.

Palma centenario

Palma fallece en 1919, por lo tanto, ya se cumplieron los 100 años de su fallecimiento que recordamos en nuestra romería al Cementerio Presbítero Maestro en octubre de 2019.

Tal vez hacia el final de su vida, en 1919, o antes, haya escuchado algo del cusqueño Luis Eduardo Valcárcel y su impronta indigenista así como de dos epígonos de las letras peruanas como son José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, jóvenes por entonces, los que ya atronaban la escena nacional. Mariátegui estaba en lo que llamaba su edad de piedra y luego viajaría a Europa en donde desposaría muchas ideas y una bella esposa con la que finaliza sus días en el Perú. Haya de la Torre organizará en los años treinta del siglo XX el partido aprista antiimperialista y antioligárquico.

Palma debe haber conocido a los arielistas, a los centenaristas, a los que debe haber visto como aristócratas y conservadores propugnando un mestizaje de predominancia hispana.

La historia nos hace ver que se puede ser prorrepblicano y liberal anticonservador con un estilo catoniano como el de González Prada y socarrón como Palma, estilos diferentes si bien son dos modos de ofrecer una idea sobre el Perú.

Las tradiciones palmistas no fueron ningún culto al pasado. Fueron tradiciones que se crean y recrean permanentemente, a diferencia del tradicionalismo, que vive anclado en el pasado. No hubo en ellas un escape de la realidad común en el pasatismo que, en esencia, buscaba refugiarse en el pasado rehuendo los problemas del presente.

Palma logró una audiencia nacional e internacional con sus tradiciones, ya que influyó en numerosos intelectuales de cada departamento del país con los que mantenía una fluida correspondencia así como la mantuvo con estudiosos de todo el mundo.

Logra Palma con el género que crea, ingresar en el alma nacional inventando una narrativa que lo hace estar muy cercano al espíritu de la gente al captar su humor. En suma, la obra tradicionista de Ricardo Palma es de vanguardia. Como colofón, diré que

A Ricardo Palma, quien después del Inca Garcilaso es el peruano que ha construido el más fascinante mural de nuestra sociedad, se le regateó méritos, solidaridad y justicia, y un mal gobierno lo privó de la Dirección de la Biblioteca Nacional que él había rehecho. Poco después falleció en Miraflores; corría octubre de 1919 (Escobar, 2002, p. 59).

Referencias bibliográficas

Arroyo, E. (2007). «La epopeya canaria». Texto sobre la obra *Hespérida* del poeta canario Justo Jorge Padrón. En *Voces*. Revista Cultural de Lima, Año 7, N^a 29, págs. 32-33.

Bajtín, M. (1987). *La Cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial S. A.

Escobar, A. (2002). *Ricardo Palma*. Lima: Editorial de la Universidad Ricardo Palma, segunda edición.

Mariátegui, J. C., (1973). «El proceso de la literatura. Ricardo Palma, Lima y la Colonia». En *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Lima: Edición 27.

Palma, R. (1964). *Tradiciones peruanas completas*. Edición y prólogo de Edith Palma, con siete extensos apéndices y una selección de cartas del autor, quinta edición. Madrid: Editorial Aguilar.

Porras Barrenechea, R. (2008). *Palma, la tradición y el tiempo*. Estudio y recopilación de Jesús Cabel. Lima: Editorial de la Universidad Ricardo Palma.

Vargas Llosa, M. (2003). *Palma, valor nacional*. Primera edición. Lima: Editorial de la Universidad Ricardo Palma.

Recibido el 27 de agosto de 2021

Aceptado el 27 de septiembre de 2021

